

Toda la sed del mundo te ha cubierto,  
y de abandono toda tu pobreza.

No sé cómo llamarte ni qué nombre  
te voy a dar, si somos sólo un hombre  
los dos, en este viernes de tu nada.

Y siento en mi costado todo el frío,  
y en tu abandono, a solas, hijo mío,  
toda mi carne en ti crucificada.

EFRAÍN BARQUERO

ME AYUDAS

Me ayudas a esperar un nuevo día,  
no como aquellas estrellas lejanas  
que a veces anuncian el buen tiempo,  
ni como esas golondrinas pasajeras,  
o como esta flor que se abre un rato.

Me ayudas con una dulzura de hierro,  
me ayudas con un aroma permanente,  
y tu cabellera no se apaga como el fuego,  
y tu boca no se seca como el agua,  
y tus ojos no se cierran como el cielo.

Me ayudas con más fuerza que una estrella,  
y tu bandada no se ausenta ni se muere,  
y tu trigo se da por todo el año,  
y tu corazón permanece siempre verde,  
y tu mariposa nunca se deshace.

Me ayudas, no con el ánimo  
cambiante del mar o de la tierra,  
sino como la ola más pura  
o la cosecha sin sequía,

Me ayudas con tu ventana abierta,  
me ayudas con tu lámpara nocturna,  
me ayudas con el ruido de tus pasos,  
me ayudas, despierta o dormida,  
me ayudas, con alegría o tristeza,  
me ayudas, distante o cercana,  
me ayudas solamente  
porque te he conocido.

HUMBERTO DÍAZ CASANUEVA

REQUIEM (Fragmento)

Como un centinela helado pregunto: ¿quién se esconde en el tiempo y me mira?  
Algo pasa temblando, algo estremece el follaje de la noche,  
el sueño errante afina mis sentidos, el oído mortal escucha  
el quejido del perro de los campos.  
Mirad al que empuja el árbol sahumado y se fatiga y derrama blancos  
cabellos, parece un vivo.  
Pero no responde nadie sino mi corazón que tiran reciamente con una  
larga sogá.  
Nadie, sino el musgo que sigue creciendo y cubre las puertas.  
Tal vez las almas desprendidas anden en busca de moradas nuevas.  
Pero no hay nadie visible, sino la noche que a menudo entra en el hombre  
y echa los sellos.  
¡Oh presentimiento como de animal que apuntan! Terrible punzada que  
me hace ver.  
como en el ciego, lo que está adentro alumbra lo distante,  
lo cercano y lo distante jún­tan­se coléricos.  
Allá muy lejos, en el país de la montaña devoradora, veo unas lloronas  
de cabelleras trenzadas  
que escriben en las altas torres, que son familiares y amorosas, y parece  
que dijeran  
“unamos la sangre aciaga”.  
¿Hacia dónde caen los ramilletes? ¿por qué componen los atavíos de los  
difuntos?